



Y la Burbuja del Tiempo



La fogata estaba al rojo vivo. Las llamas danzaban al ritmo de un viento suave y su luz proyectaba sombras de mil formas en el jardín de la Casa de la Montaña. El choque del aire cálido del sur costeño con las capas frías del altiplano generaba corrientes que limpiaban el cielo y dejaban al descubierto miles de estrellas.



Y así, entre bombones y salchichas asadas sobre las crestas de la lumbre, Mariana y papá contaban historias, ensayaban chistes y entonaba una que otra canción, a medio cortar. Aunque el frío arreciaba alrededor, la fogata y la complicidad envolvían un precioso momento entre padre e hija. Uno de esos instantes que quedan grabados en la memoria para toda la vida.

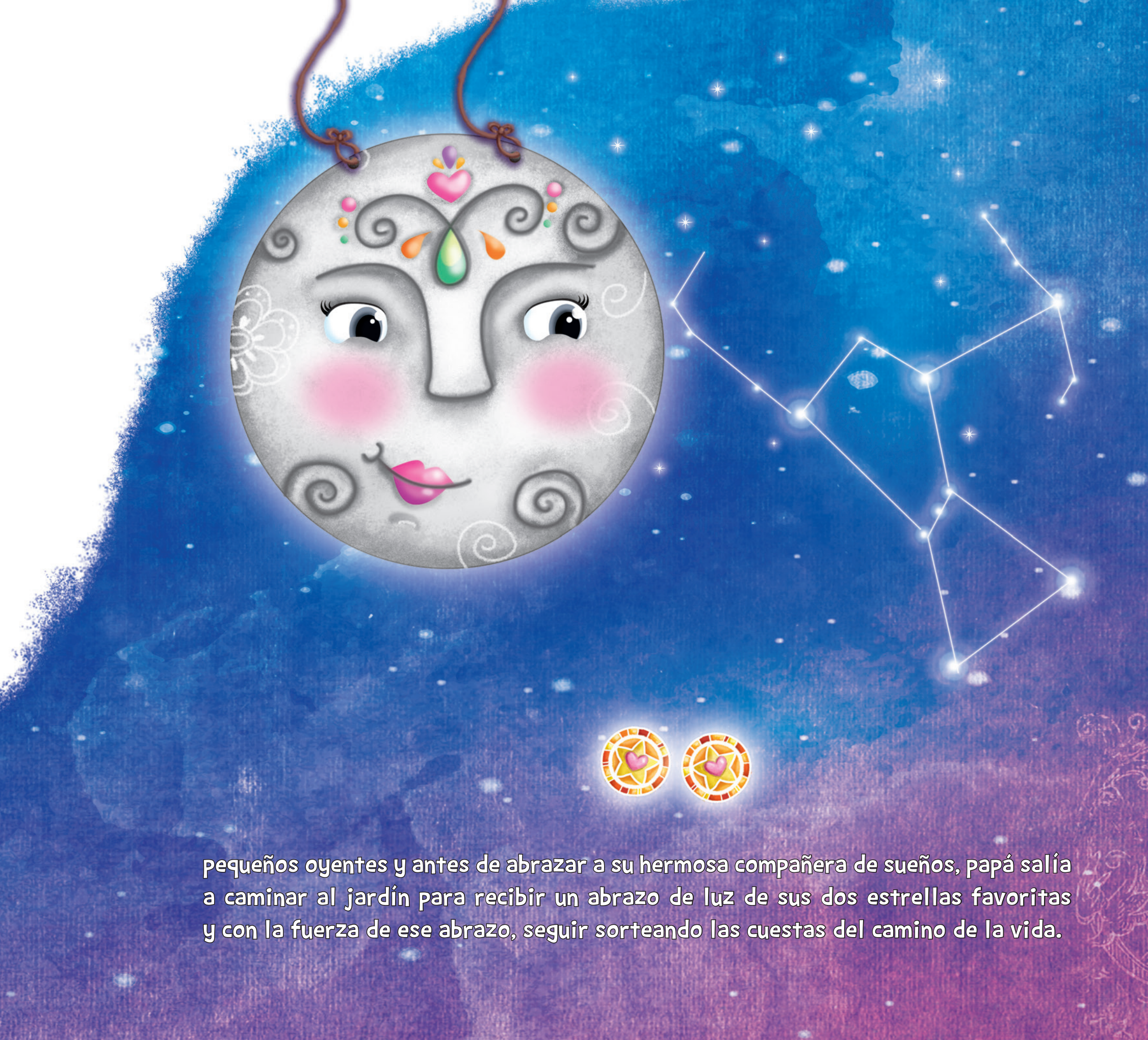
Entre cuento y cuento, sin más, se formó una burbuja de silencio. Flotaba sin rumbo ni apuro, como si pudiera jugar a las escondidas con el viento, en una y otra dirección. En aquella esfera de silencio, solamente se escuchaban los chasquidos de la leña ardiendo. Dentro de la burbuja de silencio, Mariana elevó el rostro para observar sus estrellas favoritas.



Ahí estaba, como siempre, el Cinturón de Orión esperándola. La constelación era como un ancla en su vida, pues sabía que, pasara lo que pasara con los saltos que los adultos suelen dar en sus historias personales, su cielo no cambiaría. Orión seguiría ahí, esperándola todas las noches, más allá de su edad, de sus preocupaciones y de sus alegrías.



El tiempo parecía detenerse en la burbuja, y al igual que Mariana, papá quedó absorto en su deliciosa levedad. Desde ella logró ver dos hermosas estrellitas, que aunque distantes allá en el espacio profundo eran los puntos de luz más cercanos a su corazón. Se trataba del recuerdo constante en que papá había convertido al abuelo y a la abuela. Al igual que Orión, las estrellas que papá había bautizado con el nombre de sus propios padres, estaban ahí -siempre- para él. Cada noche, después de haber inventado un cuento mágico para sus



pequeños oyentes y antes de abrazar a su hermosa compañera de sueños, papá salía a caminar al jardín para recibir un abrazo de luz de sus dos estrellas favoritas y con la fuerza de ese abrazo, seguir sorteando las cuestas del camino de la vida.

Y como todas las burbujas, de pronto, la que transportaba a estos viajeros nuestros, se reventó con la punta de un arbusto de arrayán, quebrándose también el silencio, mediante una pregunta de Mariana en la obscuridad: ¿y cuándo empezó el tiempo papá? ★ ★

La pequeña de ocho años tenía una gran habilidad para dejar perplejo a papá, quien sin saber bien a bien, cómo encarar la respuesta, le contó cómo hoy seguimos recibiendo radiaciones del Big Bang -primer registro del universo-; cómo muchas de las estrellas que hoy



creemos ver están ya extintas, pero han gravitado en una galaxia tan, pero tan lejana de la Tierra, que a la luz le ha llevado tantos millones de años llegar hasta nosotros. Mariana abrió los ojos ante una revelación tan impactante. En su propia eureka, se daba cuenta que justo en ese presente, convivía con las partículas más antiguas del universo. Su piel, sus huesos, sus pensamientos estaban salpicados de toda la historia del cosmos en un mismo instante. De alguna manera, ella misma formaba parte del tiempo.

Y más aún -siguió papá- ¿has caído en cuenta que tú eres tú, gracias a una exacta cadena de ADN que inició millones de años atrás, de tal manera que si alguien en esa cadena hubiese sido otro, tú ya no serías tú misma, sino otra persona?




Mariana sentía que su cabeza estaba a punto de explotar esa noche de fogatas y asombros. Jamás habría imaginado que el universo todo, confabulara para que ella y papá estuvieran ahí, esa noche, disfrutando de unos ricos bombones asados sobre las llamas zigzagueantes de una fogata.





De pronto, la lumbre proyectó la extraña sombra de un hombre de las cavernas. Era enorme, corpulento, peludo, muy sonriente y un tanto pestilente: se trataba del abuelo Bo..., pero sobre él, seguro Mariana puede contarles una buena historia; quizá en otra noche de fogata.





Para mi Mariana exploradora, en su cumpleaños número nueve, con todo mi amor.

Papá

Tepoztlán. Enero 8 de 2017.

